

y de paja. «Allí, dice, escondido con uno de mis amigos, podía, en verdad, decirme con el Señor: Ved que me he alejado por la huída y me he detenido en la soledad.»

Esa soledad duró apenas algunos días. Así que fué conocido su retiro, acudieron los estudiantes, «abandonando ciudades y castillos para habitar un desierto, dejando vastas habitaciones por pequeñas cabañas que se construían por sí mismos, manjares delicados por hierbas salvajes y un grosero pan, blandos lechos por la paja y el musgo, mesas por bancos de césped.» Lejos de experimentar la menor contrariedad al ver violado su retiro é invadida su ermita, habla Abelardo del chasco de sus adversarios con evidente satisfacción: «Decían: Ved aquí que todo el mundo se ha ido tras él, nuestras persecuciones nada han conseguido, no hemos logrado sino aumentar su gloria, queríamos apagar el brillo de su nombre y lo hemos hecho resplandecer. Ved aquí que los estudiantes desdeñan los atractivos de las ciudades y corren á buscar á su lado las privaciones y la soledad.» Y añade: «Yo estaba oculto en aquel lugar (oculto en medio de muchos millares de estudiantes!), pero mi renombre recorría el mundo entero y lo llenaba con mi palabra.» Esto era lo que sin duda interesaba más á este ermitaño de nuevo género (1122-1125).

No permaneció mucho tiempo en su desierto, que él llamaba la Consolación ó el *Paraclet*, á pesar de lo poblado que se hizo. Temía nuevas persecuciones. Sus temores y también la necesidad de variación le indujeron á aceptar la dirección de aquella abadía de Saint-Gildas en Bretaña, que nos ha pintado bajo los más negros colores (1126). Monjes indóciles, licenciosos, ladrones, resistieron á todas sus tentativas de reforma, se confabularon contra él con los señores vecinos é intentaron hasta envenenarle. Vivió, sin embargo, en este intolerable medio diez años y compuso la mayor parte de sus obras más importantes. «Me consideré en adelante, dice él mismo, como el único filósofo sobre la tierra y no veía ninguna rivalidad que temer...; al cabo de poco tiempo reinaba por completo en el dominio de la dialéctica.»

Fué, en efecto, el dominador intelectual, el dictador del pensamiento científico del siglo XII. Sin haber tenido como filósofo el mérito de los iniciadores originales y poderosos, midió en todos los sentidos el campo de la reflexión humana. En lógica y psicología (tratados sobre la *Dialéctica*, sobre las *Ideas*, sobre las *Causas y las Especies*) refutó los excesos de los realistas y de los nominalistas é hizo prevalecer en la escuela de París un conceptualismo que constituía un progreso real del pensamiento filosófico, puesto que fundaba la existencia de las ideas generales sobre un razonamiento del espíritu. En moral (*Ética ó Conócete á ti mismo, Noscete ipsum*) su doctrina es que el bien y el mal residen, no en el acto mismo, sino en la intención. El consentimiento al mal es lo que forma el pecado. ¿Y quién es juez del bien y del mal? La conciencia humana, pero esclarecida por el amor de Dios; de la voluntad divina es de quien depende la distinción del bien y del mal; el amor de Dios es el soberano bien y se confunde para Abelardo con la virtud. Dios no hace sino lo que debe hacer y todo lo que hace es lo mejor posible. Esta elevada concepción de la moral estaba en oposición directa con la

doctrina de la eficacia de las prácticas materiales del culto sobre la que reposaba el catolicismo de la Edad media. En una nación que hacía un deber y un placer de matar los paganos y quemar los herejes, predicaba Abelardo la tolerancia religiosa, como se haría seis siglos después de él. «No emplees jamás la violencia para atraer tu prójimo á tu fe; sólo por sus luces debe el espíritu humano determinarse. En vano procurarás obtener violentamente una mentida adhesión; la fe no procede de la fuerza, sino de la razón.»

Profesor incomparable, determinó «un movimiento escolar» como no lo había visto jamás antes la Europa medioeval. Se le ha dado á veces el título de «fundador de la universidad de París,» expresión á primera vista singular, puesto que vivía en una época en que esta universidad no había aún nacido. Pero existía virtualmente desde Abelardo, por la celebridad misma del maestro, el carácter de sus lecciones, la afluencia extraordinaria de estudiantes franceses y extranjeros que había atraído y retenido alrededor de su cátedra. Su método es el que ha prevalecido en esta universidad parisiense del siglo XII y del siglo XIII en que el mundo entero venía á ella á instruirse. Y ese método en el fondo no es sino la duda científica precediendo á la indagación racional de lo verdadero. Él mismo la definió en el célebre tratado titulado *Si y no, Si et non*, que no es sino una acumulación de argumentos en pro y en contra sobre todas las cuestiones importantes de la teología: «Expongo estas contradicciones para que exciten á mis jóvenes lectores á buscar lo que es verdadero, para que aviven sus espíritus por efecto de esta investigación.» Es, pues, imposible equivocarse. La intención de Abelardo no era la de llevar las almas al escepticismo, demostrando que todo problema puede ser objeto de soluciones exactamente opuestas, sino de habituar á pesar el pro y el contra para hacerle encontrar en seguida la solución justa. Exige una *duda provisional*; pero el ejercicio mismo de esta duda, la excitación de la curiosidad, la confianza en la capacidad de la razón eran ya para el espíritu el comienzo de la emancipación, el punto de partida de la ciencia.

Se formaría, sin duda, una idea absolutamente falsa de Abelardo si se viese en él un racionalista convencido en rebelión contra la ley y la autoridad, queriendo en todas las cosas substituir el espíritu á la letra y el pensamiento libre á la tradición. Nadie ha sido más autoritario en este sentido, pues nadie ha hecho del testimonio escrito un uso más constante y más extenso. Le es la autoridad tan cara, que no se conforma con invocar los testimonios de los libros santos y les agrega los de los filósofos profanos. Su doble erudición de teólogo y de literato le lleva á hacer una extraña amalgama de los textos tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento y de los que le proporcionan Platón, Aristóteles, Porfirio, Boecio y hasta simples literatos como Virgilio y Lucano.

A los ojos de un cristiano rígido como San Bernardo, esta mezcla de lo sagrado y de lo profano parece una exageración peligrosa y un comienzo de impiedad. La Iglesia se inquietó de la amplitud de espíritu que el sutil profesor daba de ordinario á sus concepciones y definiciones de las verdades religiosas y morales. A pesar suyo, sin saberlo, Abelardo, aun sin tener jamás la

intención de romper con la ortodoxia, se dejaba arrastrar más allá de la doctrina oficial. Este partidario de la tradición tiene sus horas de independencia y sale con novedades atrevidas. Asombra á los teólogos descubriendo que han puesto muchas obras apócrifas bajo el nombre de santos á fin de darlas autoridad, y que muchos pasajes de los dos Testamentos han sido alterados por los copistas. Es uno de los primeros que dieron valor científico á la exégesis cristiana. Hablando de la Redención, tan importante en la doctrina del cristianismo, no admite la idea de un rescate por el sacrificio destinado á liberrar á los hombres del yugo del mal; quiere que la redención sea sólo el amor de Cristo por nosotros en la Pasión. La Encarnación no es apenas para él sino una manifestación de la ley moral sobre la tierra. En fin, interpreta el misterio de la Trinidad, tomando el fundamento contrario de la doctrina de Roscelin hasta el punto de negar al Hijo y al Espíritu Santo el carácter de la personalidad divina (*Introducción á la Teología y Teología cristiana*).

Los ortodoxos se asustaron de tal modo de las audacias del abad de Saint-Gildas, que no pudo resistirse al deseo de volver á emprender en París la enseñanza y á encontrar en él las alegrías de la popularidad ruidosa. Volvió aquí á los cincuenta y cinco años (1136) á oír las aclamaciones de un auditorio entusiasta, y sus nuevos éxitos fueron tales que San Bernardo se decidió á denunciar el peligro á toda la Iglesia (1139). Sabía que Abelardo tenía discípulos y mantenedores por todas partes hasta en la corte de Roma. Se dirigió igualmente á los cardenales con esa fogosidad de lenguaje y aquel desbordamiento de indignación que constituye el carácter habitual de su polémica. «Tenemos en Francia un monje sin reglas, prelado sin solicitud, abad sin disciplina, tortuosa serpiente que sale de su caverna, nueva hidra que por una cabeza ya cortada (en Soissons) retoña otras siete. Este perseguidor de nuestras creencias, monje por fuera, hereje por dentro, camina rodeado por la muchedumbre, razona sobre la fe por los burgos y las plazas, discute con los niños, conversa con las mujeres y consagra con su pluma, sobre los dogmas más santos, las herejías más detestables.»

No fué, sin embargo, el abad de Claraval el que en 1140 solicitó ser confrontado en un concilio con su adversario. Abelardo, siempre dispuesto á desafiar á los que temía, quiso que se le pusiera en presencia de su denunciador, imaginándose que iba á tratar de igual á igual con ese poderoso, á discutir como en campo cerrado y á triunfar según su costumbre. Fué pronto desengañado. Rehusó en un principio Bernardo ir á Sens, donde debía celebrarse el concilio. «No quiero comparecer, escribió al arzobispo de Sens, porque en realidad yo no soy sino un niño; porque mi adversario está aguerido en la controversia desde su juventud, y por otra parte, juzgo deshonesto acometer con las sutiles argucias del hombre la autoridad de la fe fundada sobre la verdad misma.» Pero se le hizo observar que no podía eximirse de la lucha ni dar lugar á creer que él mismo dudaba de su causa y procuraba al enemigo un triunfo fácil. Fué, pues, al concilio «á pesar suyo y con las lágrimas en los ojos.»

Reunidos en la iglesia metropolitana de San Esteban de Sens el rey Luis VII, los obispos del concilio y

una multitud de señores y de clérigos, esperaron un duelo emocionante, pero su decepción fué mayúscula. San Bernardo no tenía ningún deseo de medirse cuerpo á cuerpo con el más temible dialéctico del mundo. Se limitó á hacer leer diez y siete proposiciones erróneas, sacadas de las obras de Abelardo. No esperó éste ni á que se acabase la lectura. Se levantó, dijo que apelaba al papa y salió. Se veía condenado anticipadamente por un adversario implacable y por jueces preparados. ¿Tenía más confianza en la imparcialidad del papa? ¿Se sintió, como dicen los panegiristas de San Bernardo, deslumbrado y como aterrorizado por el aspecto del santo á que obedecían la Iglesia y la cristiandad entera? Esta última explicación no es apenas creíble. Sea lo que fuere, si calculó, no le salió bien su cálculo á Abelardo.

El concilio de Sens condenó al inculcado, como lo había hecho el concilio de Soissons, sin haber oído su defensa y sin haberle convencido (2 de junio de 1140). Parecía que se iba más contra su persona y su enseñanza que contra su doctrina escrita. Aspiraban sus adversarios, ante todo, á cerrarle la boca y á substraer los estudiantes á su influencia, sin comprender que la persecución y la intolerancia le engrandecían. Inocencio II y sus cardenales, decididos por nuevas apremiantes cartas de San Bernardo, rechazaron la apelación de Abelardo, declararon herética su doctrina y le impusieron silencio perpetuo. Imposibilitado de poder hablar ante los jueces, escribió una apología en que hacía una profesión de fe ortodoxa, sin retractarse, por lo demás, de lo que había pensado y enseñado. Intentaron sus discípulos vengarle, y uno de ellos, Berenguer, publicó contra San Bernardo y el concilio de Sens una violenta sátira en que presentaba á los obispos discutiendo las doctrinas del enemigo en medio de un banquete y condenándolas *inter pocula*. Pero Abelardo, envejecido, descorazonado, gastado, renunció á una lucha imposible. Le hubiera sido preciso salir de la Iglesia, lo que jamás había querido. Acogido en Cluni por Pedro *el Venerable*, permaneció allí como en un asilo de paz, se sometió como un simple monje á la regla, cayó enfermo y se hizo enviar á una prioría de la orden, á San Marcelo de Chalóns. Terminó piadosamente la más agitada de las vidas el 21 de abril de 1143.

CAPÍTULO VIII

LA LITERATURA Y EL ARTE

I. Progreso de la literatura latina.—II. Las letras romanas. La epopeya y la poesía lírica.—III. Desarrollo del arte románico y aparición del arte gótico.

I.—Progreso de la literatura latina (1)

La naciente audacia del pensamiento no se mostró sólo en las obras y las enseñanzas de los teólogos filósofos. Era difícil que la cultura literaria no se resintie-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—*Histoire littéraire de la France*, tomo X y siguientes. Bourgain, *La Chaire française au XII^e siècle*, 1879. Pasquier, *Baudri, abbé de Bourgueil*, 1878. Ernault, *Marbode, évêque de Rennes*, 1890. Petit de Julleville, *Les Mystères*, tomo I, y el *Grundriss* de Groeber, citado más arriba, página 514.

se. La literatura sabia, la de los clérigos y los monjes que escribían en latín, continúa, sin decaer, engrosando la masa de sus producciones, y su fecundidad acrece tanto más, cuanto la instrucción, alimentada al calor de las grandes escuelas, se extiende más en la misma Iglesia y a su alrededor. Puede encontrarse, pues, en ella algunos indicios de una transformación próxima.

A medida que se aproxima el siglo XII y se ahonda en él, la sencillez religiosa de los primeros tiempos va cediendo puesto a un arte más complicado y menos severo. La poesía se pule al mismo tiempo que aumenta su dominio. A los poemas edificantes, pero monótonos, del piadoso maestre escuela Fulberto de Chartres, suceden las producciones muy distintas de la musa de Hildeberto de Lavardin, de Marbode ó de Baudri de Bourgueil, una musa ingeniosa que goza con las dificultades y se complace en desplegar su habilidad y su gracia. Concede un hueco cada vez mayor a la expresión de los sentimientos y de las ideas profanas. Los humanistas de las escuelas, más familiarizados que antes con los modelos de la antigüedad, no vacilan en tratar, sobre todo en verso, temas poco conformes con la gravedad del estado sacerdotal y monástico.

Exaltados á abades ó hasta á obispos, no renunciaron á las costumbres adquiridas y mezclaron con desenvoltura lo sagrado y lo profano. Alguna vana y galante ingeniosidad, escrita por Baudri de Bourgueil en tiempo del rey Felipe I, habría podido perfectamente ser firmada por Voiture y hacer las delicias de Rambouillet. En efecto, ni los conventos de mujeres dejaron de participar de ese contagio del ingenio. La beata instruida y preciosa dejó de ser una excepción.

En Angers, desde el final del siglo XI, en la abadía de religiosas del Roncerai, el amor á las bellas letras se transmitió como un depósito sagrado y la poesía latina encontró allí adeptos convencidos. Un discípulo de Abelardo, el canónigo Hilario, envió á la abadesa de ese monasterio, Tiburga, dos composiciones en verso en sextillas rimadas para pedirle que reemplazara el ceñidor que le había dado y que el uso había hecho inservible. Insistía para que agregase al regalo versos de su composición. Rogó igualmente á una religiosa llamada Bona, que le escribiese «en prosa, en versos rimados ó en versos métricos.» Las damas de Roncerai alardeaban literatura y erudición hasta en sus cartas. Uno de los ejemplares de su cartulario estaba en verso rimado. Otro comienza con estas palabras: «Cadmo, rey muy sabio de Tebas, según San Isidoro, previendo que en muchos casos sería el alfabeto necesario, introdujo su uso entre los griegos;» y este es el preámbulo de un contrato de donación. En medio de las tormentas que trastornaban la sociedad feudal, escuelas y conventos parecían otros tantos abrigados oasis contra la tempestad. Se gozaba en ellos de una tranquilidad relativa: el pensamiento tenía allí tiempo para reconcentrarse, el talento para aguzarse y revestirse de mil ingeniosas formas.

La historia progresa también. Nuestras dos más instructivas crónicas del siglo XII, las de Ademar de Chabannes y de Raül Glaber, parecen sucintas y secas si se las compara á la obra exuberante del normando Orderico Vital. Este, con pretensiones de historiador clásico, pone en boca de sus personajes discursos á lo Ti-

to Livio, se permite el lujo de las descripciones y de los retratos y se pierde en largas digresiones. La historia tal como la comprenden Suger ó Galberto de Bruges no es un catálogo de hechos y de citas: resulta ya una pintura de la sociedad y del individuo. Guiberto de Nogent, contemporáneo de Luis *el Gordo*, ha sabido poner ante nuestros ojos, en un relato lleno de vida y de color, la existencia agitada del municipio de Laón. Ha relatado igualmente la primera cruzada, pero con menos éxito, pues para desarrollar la gran epopeya le falta inspiración. Su obra más interesante pertenece á un género hasta aquí poco cultivado, la autobiografía (*De vita mea*).

Poeta é historiador, el clérigo de fines del siglo XI y de principios del XII se ejercita igualmente en la elocuencia. Los grandes movimientos de la reforma y de la cruzada, la multiplicación de reglas y de órdenes monásticas, hicieron nacer en ambos cleros vocaciones de oradores y de misioneros cuyo número iba siempre engrosando. La palabra cristiana resulta una fuerza á la que el temperamento de la muchedumbre, tan apasionada, tan impresionable, tan dada á las frecuentes veleidades del espíritu y del corazón, no se resiste. La acción del predicador no está limitada á la iglesia; se pone en todas partes en contacto directo con el pueblo; se le oye en la plaza pública, en los campos, al lado de las ermitas, en medio de los bosques.

Le es tan fácil dominar las almas, que acaba la Iglesia por inquietarse de un tal poder y se cree obligada á reglamentar su ejercicio y á reprimir su abuso. Para algunos la predicación se convierte en un oficio que enriquece. Se ve envanecerse á clérigos por la fortuna así adquirida y negar á los monjes, sus competidores, el derecho de llenar esta función esencial del sacerdote. Los laicos mismos, todos aquellos á quienes la pasión ó el interés llevan al deseo de influir sobre el pueblo, se dedican á la predicación; peligrosa novedad, pues por este medio se manifiesta y se propaga la oposición á la religión tradicional. El éxito de ciertos heresiarcas, ya se ha visto, se explica por una elocuencia que se imponía á la multitud. La Iglesia denuncia á la indignación pública á esos falsos predicadores que la deshonran cuando no la arruinan: «¡Anatema, exclama Raül Ardent, á aquellos que, sucia la conciencia, usurpan tal ministerio; á los que, juzgándose fuertes por el ejemplo de Jeremías, profeta desde la infancia, osan predicar cuando son aún imberbes! ¡Anatema á los que, desprovistos de facilidad, se dedican á la predicación! Pues ¿cómo predicarán los que no saben hablar? ¡Anatema á los que, ignorando la doctrina evangélica, osan predicar! ¿Cómo enseñarán á los demás los que no son capaces de instruirse á sí mismos? ¡Anatema, además, á los que, no teniendo energía de alma, osan echar sobre sí el peso de un tal ministerio! Pues ¿cómo predicarán á los príncipes y los poderosos los que no tienen el valor de reprenderlos?»

Esas maldiciones hacían retroceder á los tímidos; pero los que no se atrevían á producirse en público, podían resarcirse escribiendo sus homilias. La predicación no es sólo un apostolado, resulta un género literario. Los sermones, redactados á veces en lengua vulgar, lo más frecuentemente en latín, son retocados, corregidos, llevados de convento en convento. Tratan todos los temas, toman todas las formas, hablan sucesi-

vamente el lenguaje de la alegoría, de la sátira, de la elegía, de la alocución familiar y de la prosopopeya grandiosa. Algunos hasta están compuestos en diálogo, versificados, rimados, como pequeñas comedias. Toda esta literatura duerme aún, en gran parte inédita, en el vasto archivo de los manuscritos de nuestras colecciones latinas.

Hay bien pocos hombres notables en las letras y en la historia de la Iglesia que no deban una parte de su notoriedad á sus éxitos de predicadores: entre los clérigos, San Anselmo, Odón de Cambrai, Ivo de Chartres, Marbode, Hildeberto de Lavardin, Godofredo de Lorrain; entre los monjes, Guiberto de Nogent, San Bernardo, Norberto, Abelardo, Hugo de San Víctor, todos contemporáneos de Luis *el Gordo*. Otros no son conocidos más que como oradores de la cátedra: tal es Raül Ardent, un simple cura de Poitou, que pereció sin duda en la cruzada dirigida en 1101 por Guillermo IX, duque de Aquitania, y del que nada se sabría si no hubiese dejado una colección de sermones. Pero por su obra puede juzgarse al hombre.

Es el tipo exacto del predicador y del misionero tal como lo había formado la ruda época en que vivía. Orador apasionado, fogoso, cuya elocuencia, en son de guerra, aplasta y aniquila, Raül Ardent fué popular y mereció serlo. Tiene inspiración, acento vigoroso, el sabor original que otra época hallará en Bossuet, Bourdaloue ó Bridaine. Es preciso oírlo, por ejemplo, compadecerse de lo efímero de la condición humana: «Hombre miserable, cada día pasas de la infancia á la juventud, de la juventud á la vejez, de la vejez á la muerte, ¡y te crees ciudadano de este mundo! Cómo, tus semejantes que mueren cada día, las tumbas, las osamentas de los muertos, ¿nada te conmueve, nada te avisa? ¿No comprendes que no eres sobre esta tierra más que un extranjero y un peregrino? El peregrino no se deja apartar de su ruta ni por los floridos prados, ni por las aguas límpidas, ni por las encantadoras arboledas. ¿Por qué, pues, dejarnos seducir por los atractivos del siglo, el lujo, las riquezas, las voluptuosidades, los honores, que pasan como el relámpago?»

No se contentaban los sacerdotes con hacer penetrar en el espíritu del pueblo, por la poderosa acción del púlpito, las verdades morales y religiosas que enseñaban. Para aumentar el esplendor del culto y conmover el corazón dirigiéndose á los ojos, hicieron de la liturgia un espectáculo, y de esta idea nació nuestra literatura dramática.

Lo hemos señalado ya en germen en el uso del tropo. Desarrollado el tropo, se convirtió en el drama litúrgico, latino del todo al principio, mezclado luego con frases y estrofas en lengua romana (1). Los más antiguos de esos diálogos religiosos, que servían para realzar la solemnidad de las grandes fiestas, son por lo menos contemporáneos de la *Canción de Rolando*. Así ocurre con aquel *Drama de los Magos*, del que no ha quedado sino un pequeño fragmento (fin del siglo XI) en que aparecen el rey, sus mensajeros y los Magos en busca del Rey de los reyes, guiados por la estrella.

El *Drama del Esposo*, sacado casi por entero del texto del Evangelio, pone en escena las vírgenes juiciosas y las livianas.

(1) Formada del latín y del celta. (*N. del T.*)

Un prólogo latino anuncia la acción. El ángel Gabriel, que habla en romance, recomienda á las vírgenes que velen: «Oíd, vírgenes, lo que os diremos. Tened presente lo que os mandamos. Esperad un esposo. Tiene por nombre Jesús el Salvador. No durmáis.» Y las vírgenes, asustadas al ver apagadas sus lámparas, se lamentan en estrofas latinas, terminadas por este estribillo en lengua vulgar: «¡Infelices, desdichadas, hemos dormido demasiado!» Se las ve dirigirse inútilmente á sus compañeras, que no quieren con ellas repartir el aceite de sus lámparas, y después á los comerciantes de aceite, que las rechazan también. «Buscad en otra parte quien pueda auxiliarnos: no os podemos dar lo que buscáis.» Corren entonces desesperadas: «¡Ah, desgraciadas! ¿para qué hemos venido? Jamás las nupcias, jamás las obtendremos.» Pero el Cristo, el Esposo, aparece amenazador y las maldice: «¡Id, infelices; id, desgraciadas! El castigo os será impuesto para siempre. ¡Sed desde ahora lanzadas al infierno!» Y llegan los demonios, se apoderan de las vírgenes livianas y las arrastran al abismo.

El *Daniel*, de Hilario, aunque relacionado también con la fiesta de Navidad, es ya casi ajeno á la liturgia propiamente dicha. Se ve al rey Baltasar y su mujer, el rey Darío, Daniel, Habacuc, soldados y señores, sin contar los personajes celestes. Se representa la fiesta de Babilonia y el festín de Baltasar con la aparición de las fatídicas palabras: *Mané, Théel, Pharis*, que los magos no pudieron explicar; la interpretación de Daniel, la toma de Babilonia por Darío, la muerte de Baltasar y Daniel en el foso de los leones. Espectáculo complicado, que prueba que este drama latino de cerca de cuatrocientos versos no es un simple ejercicio de literatos; sino que fué realmente compuesto para ser representado. Una obra así rebasa realmente las proporciones de un aditamento de ceremonia. Que fuese destinado á representarse en una abadía ó en una iglesia ante un auditorio de clérigos, ó ante una multitud más ó menos escogida de laicos, poco importa. No es ya que á la liturgia se agregue una escena dialogada; es que aparece el teatro religioso llevando en sí mismo su razón de ser.

Este desarrollo de la literatura latina en sus diversas orientaciones no nos interesa sólo en sí, como indicio de los progresos intelectuales de la sociedad eclesiástica. Demuestra el cuidado que se tomaba la Iglesia por conservar y consolidar su autoridad, influyendo sobre las imaginaciones, cautivando á los fieles por la pompa de las ceremonias. No le bastaba confortar é instruir, quería conmover y hasta divertir á la muchedumbre. Pero se halla aquí también la prueba de que se dejaba invadir inmediatamente por las ideas y por el lenguaje de ese mundo laico por encima y fuera del cual pretendía conservarse.

Se nota, por otra parte, que la cultura latina en el tiempo de la reforma y de la cruzada no reina sino *in partibus*. La literatura romana comienza á apartarse del gremio de la Iglesia. Al Norte de Francia crea la *epopeya* guerrera, al Mediodía la *poesía de los trovadores*: es, pues, visible que se emancipa. Al latín y su literatura, instrumento de la dominación del clero sobre las poblaciones cristianas, se oponían la lengua vulgar y la literatura profana. El progreso del *romanismo* representa un nuevo golpe dado á la unidad intelectual del régimen que la Iglesia y el feudalismo habían fundado.